

JORNADA MULTICOLOR

Mayor
Circulación
Sudamericana

Sábado 2 Enero 1932

Sección Multicolor de JORNADA MULTICOLOR para
toda la República, con vistas y escenas, ilustradas
de los países de América, Europa, Asia, África,
Australia y Oceanía, para el público argentino.



Los 3 Reyes Magos no Eran Magos, ni Reyes, ni 3

LOS Reyes Magos están de viaje y muy próximos a llegar simultáneamente a todos los pueblos de la cristiandad, donde los esperan soñando con maravillas de juguete todos los niños que aun conservan la inocencia o ya han adquirido la hipocresía intercedente.

¡Los Reyes Magos! Quien pueda evocar la resonancia festiva que estas palabras han tenido para millones de criaturas en otras épocas, no dejará de experimentar la nostalgia de un bien perdido. Hubo épocas, en efecto, en que el anuncio de los Reyes Magos fue un anuncio de felicidad para la infancia cándida.

¡Hoy, ¿en qué se cree? Y si acaso se cree en algo, ¿en religión? Pueden existir todavía religiones. Ya no hay creyentes. Ni siquiera los niños. Ni aun los niños que creen, pues creen pero ven y no son ya de aquellos de quienes dice el Evangelio: "Beati qui non vident et cred-

iderunt" ("Felices los que no vieron y creyeron"). Creer y ver no es creer. El creyente es ciego. Y los niños de ahora: si tal vez creen en los Reyes Magos, están viendo a los patos por los ojos del trompo a la Loni en los zoológicos.

Pero no lamentemos lo perdido. Nada se pierde en el mundo. Sólo ocurre que unas cosas dejan lugar a otras. Los Reyes Magos se van. Es un hecho muy armónico con los tiempos co-

rrientes, que no parecen tiempos de reyes, y quizás sea una simple retribución de un estado primitivo. Porque los tres Reyes Magos tradicionales existieron alguna vez? Queremos decir: ¿existieron siquiera en la realidad o en el invento poético o religioso que sirvió de base a la difundida leyenda?

He aquí algo que hace siglos hubiera dado un dolor de cabeza a los buenos investigadores. Al presente, todo se puede indagar.

¿Qué hay de verdadero en esta fantástica leyenda de los Reyes Magos?

Parece que muy poco, tan poco como lo poco que en ellos creen los niños de nuestro tiempo. Parece, efectivamente, que los tales Reyes Magos — Melchior, Gaspar y Baltasar — no fueron nada de lo que se nos ha dicho, aunque pudieron ser algo, tres vagabundos que de

Oriente se largaron un día a lomo de camello a ver a un pibe de Israel, como los tres lucasianos desorientados que un día se largaron a pie de su ciudad a La Plata a visitar al poeta Alfonsín, tres seres comunes, sin nada de milagros, como los sospechan los niños actuales.

La leyenda de los Reyes Magos que ardean desde Oriente a Betán, a adorar al niño Jesús recién nacido, surge de una

sección del Evangelio de Mateo, quien menciona el episodio. Los magos eran una casta sacerdotal dedicada al estudio de las ciencias y en particular al de la astronomía, que se encuentra primero en Persia, luego en Babilonia y en gran parte de Oriente. Supóngase que pertenecían a tal casta los ludios por el evangelista.

Pero he aquí una cuestión: Mateo escribió en lengua ara-

mea su Evangelio; el original se ha perdido, y aun cuando todas las traducciones antiguas incluyen la palabra "mago", no puede asegurarse que ese sea el término usado por el evangelista, quien pudo hablar de "magos" o de "sacerdotes", sin que

los traductores diferenciaran el matiz.

Lo único que parece deducirse del relato de Mateo es que los viajeros eran doctos y especiales.

CONTINUA EN LA PAG. SIGUIENTE

Por Luis C. Alcobenda

EL DESTINO DE DOSTOYEVSKI Y EL MAS DIOHOSCO EL MAS DESDICHADO

En el año 1844, a los veinticuatro años de su vida, escribe Fedor Dostoyevski su primera novela, "Gente pobre", ese estudio humano que es ya el de un maestro, el del solitario, el oscuro, el pobre; y lo escribe "en el fuego de la pasión, casi con lágrimas". Lo engendra su más terrible humillación: la pobreza, y lo apadina su fuerza más hermosa: el amor del sufrimiento, la compasión infinita.

Contempla con desconianza las páginas escritas. Presente que en ellas se guarda el enigma de su destino, y a duras penas decide a entregar el manuscrito al poeta Nekrasoff, para que lo termine.

Pasan los días sin la menor respuesta. Solo y caviloso, Dostoyevski se encierra por la noche en su cuarto y trabaja hasta que la lámpara, humosa, se extingue. De pronto, por la mañana, sobre las cuatro, alguien tira violentamente de la campanilla, y Nekrasoff se abalanza en los brazos del novelista, que le abre aterrado: le estrecha contra su pecho, le cubre de besos, le ensordece con exclamaciones de alegría.

Nekrasoff había leído el manuscrito con un amigo, juntos se pasaron la noche en claro, riendo y llorando con la novela, y, al acabarla, los dos sintieron la increíble necesidad de ir desde allí a abrazar a su autor. Esta campaña que le arranca el silencio de la noche y le llama a la fama, es el primer segundo de la vida de Dostoyevski.

Hasta bien entrada la mañana los amigos no se separan, comiéndose en cálidas palabras la alegría y el entusiasmo. Nekrasoff vuela a ver a Bifinski, el crítico todopoderoso: "¡Ya tenemos un nuevo Gogol!", grita apenas cruza el umbral, sin poder contenerse, temblando el manuscrito como una bandera.

"Para vosotros, los Gogol brotan como setas", murmura el crítico, desconfiado, sin poder comprender tanto entusiasmo. Pero cuando al día siguiente le visita Dostoyevski, es otro. "¿Sabes usted mismo la maravilla que ha escrito aquí?", le dice conmovido.

Y el terror se apodera de Dostoyevski, un dulce terror ante esta fama súbita. Baja las escaleras como un sonámbulo, y al llegar a la esquina siente que detenerse sobre sus piernas trémulas.

Siente por primera vez en su vida, sin atreverse aún a creerlo, que aquellas fuerzas oscuras y peligrosas que empujaban a su corazón con fuerzas potentes, son acaso la "grandeza" que con sólo confusamente su infancia, la inmortalidad, el padecer por el mundo.

Por su pecho cruzan, vacilantes y confusas, la exaltación y la contrición, la humildad y el orgullo, y no sabe qué voz ha de escuchar. Va como un borracho tambaleándose por las calles, y en sus lágrimas se mezcla la dicha y el dolor.

TRAS LA GLORIA, EL HORROR DE LA SIBERIA

Pero el Destino levanta su dedo monilista. Su demonio familiar, vigilante, alerta, no quiere que la vida le sea demasiado fácil. Y para que pueda penetrar hasta sus senos más hondos, Dios, que le ama, le envía su prueba.

Vuelve a sonar la campanilla en la noche. Dostoyevski abre, otra vez sorprendido; pero esta vez no es la llamada de la vida, la señal de gloria, el mensaje de la fama: es la voz de la Muerte. Comienzan a irrumpir en su cuarto: sus ocupante, que no ha salido de su asombro, es tomado preso; sus papeles secuestrados.

Cuatro meses languidece en una celda de la fortaleza de Pedro y Pablo, sin sospechar siquiera el crimen de que se le acusa: todo ello es haber intervenido en las discusiones de unos cuantos jóvenes exaltados, a los que él enlaza sólo el nombre de "conspiración de Petrashevski". Su prisión obedece, injustamente, a un error.

Mas sobre el preso se agita un movimiento, una liberación, cae de pronto, como un rayo, la sentencia que le condena a la última pena: a morir bajo la pólvora y el plomo.

Y otra vez su destino se condensa en un segundo; en el más apurado y más rico de su existencia, un segundo infinito en que la muerte y la vida se dan los brazos en ardiente beso.

Bajo el gris del alba le sacan de la celda, con nueve condenados a la misma pena; ya le han vestido con la mortaja de la muerte; ya le han atado a la silla de la ejecución. Ya ha comenzado la lectura de la sentencia y oye cómo rebotan los tambores... todo su destino se apoltona y se apoltona en un puñado de esperanza, su desesperación infinita y su infinita ansia de vivir se condensan en una sola molécula de vida.

De pronto el oficial levanta la mano: agita un pañuelo blanco y lee el indulto, que conmuta la pena de muerte por el presidio Siberiano.

De su precamata fama juvenil se precipita ahora a una sima sin nombre. Durante cuatro años, todo su horizonte estará cercado por mil quinientos postes de madera, y en ellos cuenta el preso, día tras día, con mucas y con lágrimas, los trescientos sesenta y cinco días del año.

Tiene por compañeros de vida a criminales, ladrones y asesinos; por trabajo diario, partir alabastro, transportar tejas, palear nieve. La Biblia es el único libro que le da la tolerancia, y sus ojos se abren a un mundo nuevo.

Cuatro años le tienen sepultado en la Casa de los Muertos, en este infierno: una sombra entre sombras, anónimo y olvidado. Y cuando le quitan los grilletes de los pies llagados y deja a sus espaldas los postes de la prisión, sus muros oscuros y poquitos, es otro ya; su salud está arruinada; su existencia, anidada; su fama, hundida.

Sólo su goce de vivir permanece intacto e intangible, y de la cera derretida de su cuerpo cuando se alza, más inflamada y brillante que nunca, la llama ardiente del éxtasis.

Dos años más de seguir en Siberia, sin el goce completo de la libertad, sin el goce de una línea. Y allí, en el desierto, en las horas más amargas de soledad y desesperación, es donde contrae aquel matrimonio misterioso con su primera mujer, una mujer sana y enferma que le retribuye de mala gana su compasivo amor.

PASA LA FRONTERA COMO UN CRIMINAL

Cuando regresa a San Petersburgo, todo el mundo le ha olvidado. Sus productores literarios le han abandonado, sus amigos han desertado de él. No importa. El poeta lucha, anímico y lleno de fuerzas, contra la ola del infortunio, hasta salir de nuevo a la luz.

Sus "Memorias de la Casa de los Muertos", pintura imperecedera del presidio, arrancan a Rusia del letargo de la indiferencia contemplativa. La nación entera ve con espanto que debajo de la superficie serena del mundo apacato, tocando con su silencio, hay otro mundo que es un purgatorio de suplicios.

La llamada de la acusación buce hasta el Kremlin; el zar zozobra sobre el libro, y miles de labios pronuncian el nombre de Dostoyevski.

Un año le basta para rehacer su fama, más alta ahora y más fuerte que nunca. El resultado fundido, en unión de su hermano, una revista que casi llena el sol, y bajo el poeta se revela el predicador, el profeta, el "receptor Rusia". Resucita el dios, el eco de su voz; la revista corre por todas las manos; sale a luz una nueva novela: la gloria le tienta, pífida, con miradas sonrientes y brillantes. Parece asegurado para siempre el destino del novelista.

Pero la sombra voladora que gobierna su vida no quiere que aún sea llegando la hora de la dicha suprema. Pálida rodea a su existencia un súbito terror: el del destierro en el extran-



Ilustró PREMIANI

jero y la angustia devorante y cruel de las necesidades de cada día.

En Siberia, en la Catorga, vivía aún la patria, aunque deformada, caricaturizada con los rasgos más espantosos. Había llegado la hora de que el poeta conociese la nostalgia ancestral del nómada lejano de su cabaña, el amor avasallante y elemental al pueblo donde se nace.

Todavía ha de descender, y más bajo que nunca, a la sima del anónimo, a la tiniebla, antes de que pueda ser el poeta y el heredero de su país. Su vida se convulsiona bajo un nuevo rayo y conoce un nuevo segundo de aniquilación.

La revista es suprimida por la autoridad. Otro error, y tan horrida como el primero. Desde este momento, de tormenta en tormenta, el terror va invadiendo la vida de Dostoyevski. Muere su mujer, y poco después muere su hermano, que no era sólo su hermano, sino su mejor amigo y colaborador.

Sobre sus hombros vienen a cargar con peso de plomo las deudas de dos familias, y su capinzán se dobla bajo el agobio. Todavía se defiende desesperadamente: trabaja con fuerza febril los días y las noches, escribe, redacta el mismo, compone e imprime lo escrito, sólo para ahorrar, para salvar su honor, su existencia.

Pero el destino es más fuerte que él. Y una noche, el poeta pasa la frontera como un criminal, huido de sus acreedores.

EL DESTIERRO, LA TINIEBLA, LA MISERIA ABSOLUTA

Ahí comienza aquel peregrinar sin fin de largos años a través del destierro de Europa, aquella espantosa mutilación de Rusia, tormente de la sangre de su vida, más angustiosa y dura para el alma de este hombre que los postes de la Catorga.

Es terrible pensar cómo el más grande de los poetas rusos, el genio mensajero de lo infinito, andaría errante, durante estos años, sin hogar, lleno de miseria, de paño en paño. A duras penas encuentra techo en algún cuartucho mezquino, opimente, donde sólo se respira el vaho de la pobreza; el demonio epiléptico se clava en sus nervios; las deudas, los pagarés, los compromisos le acotan sin tregua de uno en otro trabajo; la timidez y la vergüenza le acosan de una en otra ciudad. Y si un relámpago de dicha brilla acaso en su vida, el destino lo envuelve en segundos en nubes más sombrías y más espesas.

Hace su segunda mujer a la muchacha que le sirve de secretaria y el primer hijo que tiene de ella se lo arrebatan a los pocos días de nacer, la miseria y la intemperie del destierro.

En Siberia fue el purgatorio, la antela de sus tormentos, Francia, Alemania, Italia fueron, seguramente, el infierno. Apenas se atreve uno a representarse esta existencia trágica. Siempre que paseo por las calles de Dresden y paso por delante de alguna casucha sucia y misera, pienso que acaso vivió él allí, en uno de aquellos cuartos abarhaldados y estrechos, mezclado con vendedores ambulantes y jornaleros, sólo, infinitamente solo entre ese mundo activo ajeno al suyo.

Nadie, durante estos años, le conoció. A una hora de allí, prenderle Ricardo Wagner, Heibel, Flaubert, Gólfredo Keller, que son sus contemporáneos, no tienen noticia de su existencia, ni él de las suyas.

Hay que imaginarse, hirsuto como una bestia acosada, saliendo a la calle de la madrugada en que trabaja, con su traje misero, recorriendo siempre el mismo camino, en Dresden, en Ginebra, en París, a leer los periódicos rusos en algún café o algún club. Todo lo que ansía es ver el reflejo de Rusia, de la patria: le basta con contemplar las letras de su alfabeto, con sentir el aliento fugaz de su palabra, para ser feliz.

Algunas veces entra a sentarse en algún museo, pero no por amor del arte. Dostoyevski nada vence al bárbaro báltico, al inconsciente — sino para de muerte. Nada sabe de los hombres que le ro-

dean: sólo que los odia porque no son rusos; en Alemania odia a los alemanes, en Francia a los franceses.

Su corazón vive alerta al palpitar de Rusia: es su cuerpo el que vegeta indiferente en este mundo hostil. Ninguno de los poetas alemanes, franceses e italianos nos dicen haberle encontrado, hablando con él. Sólo lo conocen en el blanco, donde se presenta, un día y otro y otro, este hombre pálido, se acerca a la ventanilla y con voz balbuciente de emoción pregunta si ha llegado ya. De Rusia el giro que espera, aquellos cien rublos que suplico cien veces, hincado de rodillas, con palabras de humillación, de gentes viles e indiferentes. Y los empleados acaban por reírse del pobre diablo y su eterna espera.

También en la casa de empeños le conocen, pues también allí es huestad habitual: todo lo ha empeñado; una vez hasta su última prenda de vestir, para mandar un telegrama a San Petersburgo, uno de aquellos gritos de angustia, escalofríos, que llenan sus cartas y se nos clavan en la médula.

Se le encierran a uno el corazón leyendo las cartas de este coloso, humillantes y serviles como gemidos de perro hambriento, en que para suplicar cien rublos invoca cinco veces el nombre del Salvador; estas cartas espantosas que jadan, lloran y aullan por un miserable puñado de dinero.

El poeta se pasa las noches en claro, trabajando y escribiendo; y mientras en el cuarto de al lado gime su mujer con los dolores del parto; mientras el ataque epiléptico le zarpa para estrujarle mientras la carrera amenaza con la policía para cobrar los alquileres y la portera gruñe porque no le pagan, escribe "Crimen y Castigo", "El idiota", "Los Demoníacos", "El jugador", estas obras monumentales del siglo XIX, formas universales que han modelado el mundo de nuestra alma.

El trabajo es su suplicio y su salvación. Por él vive en Rusia, su patria. El descanso, en Europa, en la Catorga, es para él la muerte. Para librarse de ella se hunde en sus obras, con frenesí, día tras día. Sus creaciones son el éxtasis que le embriaga, el acorde que hace vibrar en sus nervios atormentados el supremo goce.

Y entretanto, como anafio en los postes del presidio, va contando ansiosamente los días que pasan. En sus labios, en su miseria, sólo hay un clamor eterno: ¡reparátese, aunque sea para volver a su Rusia como un mendigo, pero reparátese! ¡Rusia! ¡Rusia!

Mas aún se prometen aún llegar que seguir huido en el anónimo algún tiempo para que su obra triunfe, murte solitario y resignado sin queja ni grito. Así tiene que seguir algún tiempo ignorado, en la catedral de la vida, entre de poder ascender a la gloria inmarcescible de la eterna fama.

Su cuerpo está minado por las privaciones; los golpes de la enfermedad son cada vez más aplastantes sobre su cerebro; días enteros yace sumido en la inconciencia, en la noche de los sentidos, para arrastrarse hasta la mesa de trabajo, tambaleante, en cuanto siente renacer las primeras fuerzas. Dostoyevski tiene cincuenta años, pero ha vivido siglos de tormento.

LA CULMINACION GLORIOSA

Por fin, en el instante supremo y más angustioso, la voz de su destino grita: "¡Basta!" Dios vuelve su filo a los libros de la vida. Dostoyevski puede retornar a Rusia. Sus libros le han abierto el camino.

Tuergeneff, Tolstoy quedan rezagados. El "Diario de un escritor" lo eleva a heraldo de este pueblo. Y reuniendo sus últimas fuerzas y su supremo acíto al porvenir de la reacción rusa que con "Los Hermanos Karamazoff".

El destino le desvela ahora para siempre, el destino de la

una vida le usurpó la fama, había primero, entre el aplauso tibio de sus amigos. Al día siguiente había Dostoyevski.

Se apodera de la palabra con demencia embriagante y la esgrime como un rayo. En su voz, instantánea y cálida, estallan de pronto, como una tormenta, palabras de éxtasis y de arrebató, para anunciar la misión sagrada de la reconciliación de todos con todos en la Gran Rusia.

Cuanto le escuchan caen de hinojos, como cegados. La sea la reunión con explosiones de entusiasmo; las mujeres le besan las manos; un estudiante se desploma a los pies del poeta, desvanecido. Los demás oradores renuncian a hablar. La reconciliación raya en lo infinito, y sobre la frente coronada de espigas reluce el fuego de la gloria.

LAS GENTES Y LA TIERRA TRAS UN ATAÍD

Era lo que faltaba a su destino: encerrar en un minuto en acusar la culminación de la carrera de este hombre, con resplandor que revelase al mundo entero la llamada de su trinito. Ya estaba salvado el fruto puro, ¡para que conservara la última cetera de su cuerpo!

Dostoyevski muere el 10 de febrero de 1881. Una sacudida de escatofro atraviesa Rusia de punta a punta. En un instante de duelo indecible. Mas luego el dolor contenido estalla: de las ciudades más lejanas se ponen en camino, al mismo tiempo, sin que nadie las organice, diputaciones que vienen a rendir al poeta los últimos honores. De todos los rincones de la ciudad lemana se desborda ahora — ¡demorado tarde! ¡demorado tarde! — el entusiasmo frenético de la multitud. Todos quieren ver al muerto a quien olvidaron en vida.

La calle que guarda su cuerpo está negra de la muchedumbre que se atropella, y una masa sombía de gente que guarda un silencio estremecido pugna en las escaleras de la casa obrera en que murió el poeta e invade las escaleras habitaciones, hasta tocar el ataúd.

En un par de horas desaparecen las flores que cubren su cuerpo, arrebatadas como preciosas reliquias. Y tan irreparable se hace el éxtasis de la angustia casi mortuoria, que los círios se apagan por falta de oxígeno.

Cada vez se mayor la muchedumbre que afluye y relieve, como el oleaje, a los pies del muerto. El ataúd vacía, y la vida, los niños, aterrados, tienen que sujetarlo para que no caiga.

Corren rumores de que los estudiantes van a llevar los grilletes del presidiario detrás de la caja, y la policía quiere prohibir la manifestación pública del entierro. Mas no se atreve a hacerlo comprendiendo que sólo la fuerza de las armas sería capaz de contener el entusiasmo de la multitud. Y en su cortejo fúnebre se cumple, inesperadamente y por un instante, el sueño sagrado de Dostoyevski: la unión de Rusia.

Detrás de aquel ataúd, los cientos de miles son uno en su dolor, como en su obra se hermanan por el sentimiento todas las clases y todas las categorías del pueblo ruso: príncipes nobles, pobres cubiertos de pompa, trabajadores, estudiantes oficiales, campesinos, mendigos, bajo un bosque treintaleón de estandartes y banderas: todos claman en un solo clamor por el muerto atesorado.

La Iglesia en que se celebran sus exequias es un jardín florido, y delante de su tumba abierta todos los partidos se unen en un juramento unánime de amor y admiración.

Así, con su último latido, el poeta extiende sobre su pueblo un instante de reconciliación y contiene por última vez, con fuerza demencia, las descomulgaciones rabiosas de su época. Detrás del cortejo, como una grandiosa salva por el muerto, estalla la mina espantosa: la revolución. Tres semanas más tarde, el zar cae asesinado; suena el trueno de la revuelta y los rayos de la represión caen en Rusia. Dostoyevski muere, como Freshwater, bajo la tempestad, en el tumulto sagrado de los elementos.

Stefan Zweig

Con cada tubo grande
"un regalo"

Tubo Grande \$1.70.

Tubo Medio
0.70



Fume sin preocuparse.

Las remarcables cualidades DENTIFRICO DUBARRY hace que millares de personas, especialmente las damas, lo empleen como el más indicado desodorante para quitar el olor y gusto que deja el cigarrillo.

Para obtener este resultado use un cepillo seco, pero si no lo tiene a su alcance puede prescindir de él. Coloque sobre los dientes un centímetro de la pasta - blanca o rosa - extiéndala con la lengua sobre ellos y las encías, deje un instanté y después haga buches con agua fría o tibia.

Este cuidado personal se convertirá en Vd. una necesidad y un placer.

Si Vd. está entre personas que le son indiferentes reírse de cualquier manera, pero, si quien está con Vd. es de su aprecio, cuidará los detalles y evitará hasta sonreír si sus dientes están opacos y sucios.

Poco importa que los dientes sean desalineados o deformes, si están limpios.

Aplicado el DENTIFRICO DUBARRY con el cepillo seco o húmedo, produce una espuma cremosa y penetrante que limpia hasta donde los dentífricos comunes nunca pueden llegar.

El DENTIFRICO DUBARRY por su científica fórmula - clasificado entre los técnicos como el más científico de los dentífricos - limpia bien, desinfecta la boca, purifica el aliento y "perfumifica" la dentadura.

Desinfecta,
purifica,
desodora,
limpia bien
y no raspa

"Perfumar" la
dentadura sólo
es posible con el
más científico de
los dentífricos:
el dentífrico
DUBARRY

Perfumoria
Dubarry

...y que bonito regalo!!

Escuchen Lunes, Miércoles y Viernes por L. S. 5 Estac. Rivadavia
de 21.30 hasta 22.30

la "HORA SELECTA DE DUBARRY"